

«Hay además muchas otras cosas que hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran».

Juan

Trátase en este ensayo de las raíces de las Turbas; esto es: trátase aquí de las causas últimas por las que surge la tradición de acompañar al Nazareno, entre clarines y tambores, en su camino hacia el Calvario. Trátase, también, de otros ritos de la Pasión sonora.

Las Turbas, con sus virtudes y sus defectos, son parte significativa de la Semana Santa conquense, una de las pocas declaradas de Interés Turístico Internacional. Algo les toca por tanto en la difusión del nombre de Cuenca por todo el orbe, circunstancia junto con otras necesaria para la obtención del título de Ciudad Patrimonio de la Humanidad, distinción que no está nada mal para una ciudad que hasta hace poco no existía.

Mas si Cuenca es Única, no así sus Turbas. Ha habido y hay muchas manifestaciones semejantes en otras Semanas Santas, algunas incluso con el mismo nombre, aunque no todas de significado equivalente. Desde hace varias décadas, más de una treintena de pueblos y ciudades envían sus representaciones a las Jornadas Nacionales de Exaltación del Tambor y del Bombo; allá se juntan todos los años miles de tambores semanateros que comparten rito y amistad. El asunto está lejos de ser localista pero Cuenca, como es única, siempre ha fallado de forma clamorosa a tan rimbombante cita no se sabe bien si por ignorancia o por desidia. Y es que de poco le vale a Cuenca que el mundo entero la conozca si esta privilegiada situación no le sirve a Cuenca para conocer al mundo.



Tampoco es nueva, ni exclusiva de Cuenca, la conflictividad generada en la noche y madrugada del Viernes Santo por (o, más bien, en torno a) esta extraña forma de la mal llamada «religiosidad popular»; conflictividad tan poco acorde con el recogimiento esperable a priori en fecha tan señalada del calendario litúrgico católico. Este polémico aspecto de las Turbas, que hasta cierto punto como veremos forma parte del rito, ha sobrepasado en demasiadas ocasiones recientes y antiguas los más elementales límites del sentido común, lo que plantea de forma recurrente la necesidad de un proceso de regeneración o al menos de volver a situar las cosas en su justo término. Sucede que estos planteamientos se han quedado siempre en simples declaraciones de buenas intenciones que, si bien han apaciguado momentáneamente algo los ánimos, nunca se han plasmado en soluciones efectivas y, menos aún, duraderas.

Las Turbas de Cuenca han evolucionado a lo largo de los tiempos y, aunque haya opiniones para todo, lo han hecho a peor. Los lamentables sucesos de recientes Semanas Santas son de rabiosa y sangrante actualidad, pero no son los primeros de esta índole ni los más graves que se recuerdan. Una muerte por aplastamiento o un ojo estallado por un palillo volador son dos ejemplos agoreros que se nos ocurren de peligros nada ficticios, que pueden darse en cualquier momento y que, en su caso, demostrarían que todo esto no tiene ningún sentido. Reconocida esta degeneración, por evidente, hay sin embargo un elemento reciente en la evolución de las Turbas que puede ser esperanzador como remedio de su actual ignominia: se trata de la incorporación de los niños a la Turba. Si de verdad se quieren buscar soluciones, la clave no está en buscar culpables sino inocentes, y entre ellos están los turbos niños que sin duda merecen un futuro mejor. Desde aquí estimamos que el conocimiento profundo de una tradición puede ayudar a aprender a respetarla; por eso dedicamos este ensayo en forma de humilde legado a la Turba que ahora es niña.

Pensemos, así pues, en la inocente Turba niña. Como quiera que mal van aprender del ejemplo de sus mayores, empeñados como estamos en demostrar a dónde puede llegar nuestra bajeza humana, busquemos soluciones constructivas. Suscribimos iniciativas tan hermosas como las expuestas en nuestros «chats»

